

## CÁNTICOS JUSTICIEROS

*SEUDÓNIMO: KIARA*

Sus ojos enrojecidos y oscuros se clavan en los míos, un suspiro profundo se escapa de mi pecho y como en un acto de benevolencia debo de recordar aquel lejano día de mi adolescencia en el que decidí dedicarme a esta profesión por un sentimiento vocacional que me conducía a ejercer la justicia, a impartirla con honores e impedir así el sufrimiento y la tragedia de las gentes.

Durante mi extensa carrera como juez, me he sentido muchas veces contrariado. Me he preguntado en qué consiste verdaderamente la justicia. He tenido frente a mí a multitud de acusados y a muchos de ellos les hubiese preguntado no por el delito cometido con sus actos, sino por el delito que cometieron con ellos cuando eran jóvenes, cómo ha sido su vida, quiénes les han lanzado piedras en el camino, quiénes los han apoyado, pero dicen que la justicia debe ser ciega y ejemplar y yo me pregunto hasta dónde llega esa capacidad para lograr abstraerse de los ojos que te miran.

Los cánticos justicieros de un público clamoroso a las puertas de los juzgados me incita a ser implacable con quien tengo frente a mí. Ellos ya han emitido su juicio y yo me siento un simple títere en sus manos que debe acatar sus órdenes. Un juez en manos de la sociedad, tantas veces nos hemos visto los jueces atados por las decisiones de las encolerizadas gentes.

El pueblo hubiese deseado que un jurado popular decidiera la culpabilidad o inocencia de la mujer cabizbaja que tengo frente a mí, pero no ha sido así. Aunque muchos crean que cometió un homicidio, ella nunca quiso infringirle daño alguno a su propio hijo. Las desafortunadas circunstancias de la vida han provocado su muerte y yo debo de juzgar ahora a una madre que ha sido abandonada por la sociedad.

Tenía doce años cuando vi un multitudinario entierro en televisión, aquel día los cánticos justicieros se dirigían contra crueles asesinos que habían lanzado el odio de sus entrañas sobre un grupo de defensores de la libertad. Aquel día supe con certeza quiénes eran los verdugos y quienes las víctimas, un halo de misterio atravesó mi corazón y en ese momento elegí mi futuro. Decidí convertirme en un valedor de la justicia, quería defender las causas nobles y enarbolar los valores de libertad, solidaridad y justicia social que habían sido truncados por aquellos criminales.

Los niños siempre se dejan influir por los acontecimientos trascendentales que suceden en la sociedad que les rodea y aquella tragedia que acabó con la vida de cinco jóvenes abogados fue el suceso que más marcó mi espíritu adolescente.

Ese día, todos sabíamos quienes debían ser condenados por tan terrible acto, pero hay veces que no todo se puede dividir tan fácilmente y el culpable puede ser víctima al mismo tiempo. Y eso es lo que veo en estos ojos que ahora me miran.

Está de pie frente a mí, intenta esconder su rostro tras el micrófono. Sus palabras son torpes e inentendibles. No comprende muy bien el idioma en el que le hablo; una intérprete le traduce mis preguntas.

Los cánticos de asesina se van tornado cada día más encolerizados a las puertas de los juzgados. Cerrar las ventanas no impide que dejen de influir en mis pensamientos.

No sé si mirarla como una filicida o como una pobre inmigrante que vino a otro país a buscar un mejor destino para su hijo y la mala suerte se cruzó en su camino.

Su abogado es un joven chaval como yo era hace ya bastantes años. Un chico que no sabe ni cómo comunicarse con aquella a la que defiende. Un novato dirían muchos. No deja de observarme a mí, con su actitud parece pedirme permiso sobre cómo debe de actuar. El Estado lo ha designado para defender a la mujer que me mira con ojos de súplica.

Al otro lado, la fiscal y la acusación particular la miran con ojos inquisitivos. Y yo tengo que decidir como caudillo romano en un circo de gladiadores si esa joven mujer es culpable o inocente. Pero decida lo que decida sé que hay un indefenso bebé que murió de frío a las pocas horas de llegar a la vida. Su madre lo arrancó de su regazo y en la noche lo dejó a su suerte en las puertas de un colegio, tapado con mantas y en una miserable caja de cartón. Pero al mismo tiempo me pregunto que si hubiese querido matar a su hijo lo habría arrojado al caudaloso río que hay cerca del colegio. La acusación particular pertenece a una organización religiosa. Defienden la vida por encima de cualquier situación, cegados por ese ideal no buscan justificaciones a los actos. Yo también debería ser así, completamente ciego, pero ¿verdaderamente hay alguien que pueda creer que los jueces somos inertes a todo lo que sucede alrededor de aquel a quien juzgamos?

Me pregunto si todos aquellos que braman escandalosamente al grito de asesina, le hubiesen abierto la puerta en mitad de la noche a una pobre inmigrante con un bebé en sus brazos. Seguramente yo tampoco lo hubiera hecho y sin embargo me encuentro en esta situación de superioridad juzgando sus actos y decidiendo sobre su futuro.

La mujer que tengo frente a mí, tiene tan solo veinte años. Y yo al mirarla no sé si veo a una niña abandonada por la sociedad o a una mujer fuerte que quiso encontrarle un mejor futuro a su hijo.

Llegó a España en un miserable barco con un niño en sus entrañas, escapó de aquellos que querían devolverla a un país en guerra, un país miserable en el que su vida corría peligro. Vagó durante meses por una ciudad desconocida, una ciudad en la que era invisible. Nadie gritaba por ella, ¡ayúdenla!; sin embargo, ahora sí gritan ¡asesina!

Dio a luz en un viejo portal de madrugada, sin que nadie le asistiera y dejó a su hijo llorando a las puertas de un colegio, pensando que entre niños tendría mejor suerte que con ella. Pero la muerte llamó a aquel indefenso bebé, mientras su madre intentaba curar sus heridas y recuperarse del parto en un solitario descampado. La encontraron a la mañana siguiente con el cuerpo cubierto de sangre y pronto supieron que era la madre del bebé muerto que había aparecido a las puertas de un colegio.

Ahora todos quieren un castigo ejemplar, pero ¿quién debe ser castigado, ella, la sociedad que no le prestó ayuda, el país que la obligó a buscar un destino incierto, yo mismo que debo comportarme ciegamente y no ver que no tengo una culpable y una víctima, sino dos víctimas?

Pido un receso a la sala, pocas veces lo he hecho. Pero esos cánticos justicieros que no dejan de escucharse enturbian mi mente.

Me encierro en mi despacho durante unas horas y pido que los congregados a las puertas de los juzgados sean desalojados. No soporto esa manera de ejercer la justicia tan cruel y absurda.

Siempre fui el niño que intentaba resolver los problemas entre sus compañeros, una especie de juez salomónico que pensaba tener la solución a todo. El triste suceso de los llamados abogados de Atocha fue simplemente el detalle que me hizo tomar consciencia de lo que deseaba ser, un abogado como ellos, defensor de la libertad y la justicia social,

pero luego pensé que tal vez si quería tener la última palabra debía de convertirme en juez. Tantos años después me doy cuenta que no todo es tan sencillo, no siempre hay malos y buenos. A veces muchas vidas dependen de tu decisión.

Regreso de nuevo a la sala. Esos ojos oscuros y enrojecidos por las lágrimas vuelven a clavarse en mi corazón. En un juzgado, todos los que se plantan frente a mí, ya sean como acusados o testigos deben ser firmes y convincentes en sus declaraciones y los llantos y las súplicas no sirven de nada, porque yo he de ser ciego a todo. Solo veo la ley ante mí. Fácil teoría para una contradictoria realidad.

Esa joven se ha arrodillado pidiendo clemencia, piensa que todavía vive en ese país de las torturas y la guerra.

Sé que si no le impongo una pena, la deportaran a su país y eso será todavía mayor castigo que ir a la cárcel.

Sin pretenderlo me he convertido en el objetivo de críticas por quienes desean una condena ejemplar. En mis manos está el destino de una joven que no hay que olvidar ha perdido a su hijo por las trágicas consecuencias del maldito destino y la sociedad que juzga con los ojos demasiado vendados.

Le voy a imponer una condena quizás torturadora para sus sentimientos, pero tal vez sea la única forma con la que pueda mitigar su dolor.

Cuidará durante cuatro años en un régimen de semi-internamiento a los niños huérfanos del orfanato regional. En cada niño verá los ojos de su hijo y sabrá que nada ni nadie podrán devolvérselo ya, pero por el contrario les entregará su cariño de madre a otros niños que saben que nada ni nadie les devolverán a sus padres.

Los cánticos justicieros comienzan a bramar contra mí. —Dejar a los niños en manos de una filicida es lo más cruel y aberrante que un juez ha hecho jamás —gritan en los medios de comunicación.

Pero yo quedo pensando en el niño que un día fui y el porqué elegí esta profesión. Porque unos intransigentes asesinos querían borrar las aspiraciones de cambio de un país que estaba comenzando a divisar la luz.